LA PUERTA MACARENA

PRIMERA PARTE

DEL DR. D. JUAN PEREZ DE MONTALVAN

PERSONAS

El rey D. Pedro.
Juan de Borbón, rey de Francia.
El maestre D. Fadrique.
Enrique, conde de Trastamara.
D. Juan de Hinestrosa.
Carlos, embajador inglés.
Rodrigo, criado.
Madama Diana, francesa.
D.ª Blanca de Borbón.
D.ª María de Padilla.
Reinaldo, criado.
Músicos.

JORNADA PRIMERA

Galería del palacio del Rey de Francia.

Salen Músicos, cantando esta letra.

Músicos. Los montes de nieve canos,
ya con el Abril mancebos,
al Mayo se restituyen
de la inclemencia del tiempo.
Los arroyos fugitivos,
sierpes de plata fingiendo,
corren al valle, sagrado
de la prisión de los hielos.
Cuando Clori, más que todos
hermosa, envidia del suelo,
á cuyo pie debe el campo
su verde florido imperio,
de los peñascos helados
de Guadarrama soberbios,
baja á partir con el sol
los rayos de sus cabellos.

Sale madama Diana, dama de D.ª Blanca de Borbón, á lo francés.

Diana. No cantéis más, que su Alteza
me ha avisado, que quería
salir á esta galería.
Músicos. Pensamos que su tristeza
pudiéramos divertir
con la música.
Diana. Ni está
triste, ni señales da
menos de alegre vivir.
Porque es una compostura
que dió la naturaleza,
tanto á su mucha grandeza
como á su mucha hermosura.
Músicos. Esto, señora, juzgamos,
y lisonjear quisimos
á su Alteza; mas si fuimos
engañados, ya nos vamos.

Sale D.ª Blanca, á lo francés.

Blanca. ¿Fuéronse?
Diana. Señora, sí;
segura puedes entrar.
Blanca. ¡Ay, Diana! no hay lugar
que me asegure de mí.
Tristezas y novedades,
que de tan propia ocasión
han nacido, siempre son
amigas de variedades;
no hay lugar que me contente,
ni centro donde descanse.
Diana. Aunque, señora, te canse,
me has de permitir que intente
saber de tí cada día,
con cuerdos atrevimientos,
de tan tristes pensamientos
la causa.
Blanca. ¡Ay Diana mía!
Dame esa silla, que quiero
descansar contigo un rato,
aunque perdone el recato.
Diana. No menos yo me prefiero
á templar del accidente
la causa, si á ello te obligo;
habla, descansa conmigo.

BLANCA. Escúchame atentamente:
Don Pedro, rey de Castilla,
hijo de Alfonso el Onceno,
de los moros españoles
freno, azote, rayo y miedo,
con Juan de Borbón, mi tío,
rey de Francia, cuyos hechos
solicitaron de España
amistad y parentesco,
por su embajador, Diana,
ha tratado casamiento
conmigo, á tiempo que estaban
con este mismo deseo
Inglaterra y Navarra;
cuya ocasión de secreto
ha obligado al Rey mi tío,
á mí y á todos mis deudos
de la Casa de Borbón,
hasta que llegue el efecto,
porque con él de una vez
despida ajenos intentos;
razon de Estado, que obliga
con los reyes extranjeros,
á no estragar advertidos
la paz de los propios reinos.
Para este efecto, Diana,
esperamos por momentos
al maestre don Fadrique,
hermano del rey don Pedro;
un valeroso español,
un bizarro caballero,
según dicen, que la cruz
del Santo Patrón gallego,
tan celebrado en Europa,
en forma de espada al pecho
roja ostenta, ilustre insignia
de aquel invencible reino.
Con éste, con los poderes
que de ambas partes se han hecho,
he de casarme, y después
con el acompañamiento
á mi grandeza debido,
partir á españoles puertos
de los Alpes, que le están
de la Francia dividiendo,
por la Gascuña, pasando
á Vizcaya, hasta que dentro
de Castilla, puerto tome
en los brazos de mi dueño.
Y aunque de él me cuentan todos,
sus partes encareciendo,
las que en poca edad alcanza
de valor y entendimiento,
y su retrato, Diana,
descubre un alma de un cuerpo
hermoso y galán, templado
con la grandeza, en efecto,
de rey, no sé qué presagios,
no sé qué confusos miedos
me traen de día y de noche
con mis propios pensamientos
luchando á brazo partido,
guerras civiles haciendo,
sin que perdonen al alma
las suspensiones del sueño.
Si miro al sol, me parece
que entre sus átomos veo
cometas, que me amenazan
con mil trágicos sucesos;
si á las estrellas, que lloran
centellas; si al campo, pienso
que son áspides las flores,
que son las aguas veneno;
si oigo música, imagino
que son voces de mi entierro,
que las exequias me cantan
en tristes, fúnebres versos.
La voz de Blanca, parece
que muchas veces el eco
forma, sin haberlo oído
á lengua humana primero,
como que me llama, y yo
desalentada despierto.
Si duermo, ó suspensa estoy,
voces dando, y respondiendo,
sueño otras veces, que estando
en los brazos de don Pedro,
una fiera, que en los montes
de Castilla quiso el cielo
permitir, para prodigio
del mundo, me arranca dellos,
y me quita la corona
de la cabeza, en mi pecho
su hidrópica sed cebando,
que las joyas, que en mi cuello
son diamantes y esmeraldas,
sierpes de Libia se han vuelto.
¡Ay, Blanca, Blanca! (me dicen
sombras confusas, que encuentro
delante de mí sin verlas);
¿dónde vas? y abrazo al viento.
Estas imaginaciones
me traen sin mí cuando duermo,
cuando estoy despierta, cuando
miro, escucho y me suspendo.
Éstas, madama Diana,
son mis tristezas; con estos
temores y sobresaltos
todas las horas peleo.
Esto me tiene sin alma;
ruego á Dios no saque el tiempo
verdaderas estas sombras
y profetas estos miedos.

DIANA. ¿Es posible, Blanca hermosa,
lirio, desde el Clodoveo,
el más alegre que ha visto
la verde capa del tiempo,
que de soñados antojos,
de imaginados portentos
te has de valer, para hacerte
guerra á tí misma, teniendo
entre tan divinas partes
tan divino entendimiento;
después de nacer hermosa
agravio del sol al suelo,
en la casa de Borbón,
de tan ínclitos abuelos
y padres, que está la Europa
por tantas bocas diciendo
sus hazañas, su valor?
¿Tanto (teniendo tu ingenio),
Blanca, ha de poder contigo
un melancólico extremo?
Goza la heróica corona
de Castilla años eternos,
dulces aplausos logrando
en los brazos de don Pedro;
que de ellos no podrá apenas,

tus méritos conociendo,
el tiempo tiranizarte
por adulación de él mesmo.
No gastes el tiempo todo
en querer pagar por sueños
y antojos falsos, pensiones
á la desdicha, pues éstos
en las bellezas reales
tienen excepción; nacieron
al mundo, privilegiadas
de los comunes sucesos.

BLANCA. Nunca respetó, Diana,
la fortuna privilegios
en los reyes.

Sale RODRIGO, criado del Maestre, de camino.

RODRIGO. No ha nacido
en las landas de Burdeos
mejor caballo: bien haya
quien te dió paja; y el puerto,
cuando miró el hipogrifo
de Astolfo, nadando al viento,
fué galápago contigo.

BLANCA. Gente de fuera sospecho
que se ha entrado acá.

DIANA. Señora,
un hombre se ha entrado, y pienso,
en el modo y en el traje,
que es español y correo.

RODRIGO. ¿Quién es doña Blanca, aquí,
de Borbón?

BLANCA. Bravo denuedo,
altiva nación al fin.

DIANA. Llega, español, con respeto,
que aquella que ves es Blanca.

RODRIGO. (Llegué con mi dicha al puerto.)
Dame, Reina de Castilla,
que gocéis siglos inmensos
la corona, los dos pies,
para desangrarme á besos.

BLANCA. Español, ¿quién eres?

RODRIGO. (Fué
hablar, abrirse dos cielos
de coral; mas ¿qué me aguarda
algún civil, al concepto
de blanca y maravedí,
hasta dejar en los huesos
la moneda? Pues por Dios,
que no he de darle, si puedo,
ese gusto.) Blanca hermosa,
blanco de cuantos deseos
tiene Castilla, yo soy,
entre paje y escudero
del maestre don Fadrique,
lo que llaman entresuelo
en España; Rodriguillo,
criado desde pequeño
en casa, hermano de leche
del Maestre, del bureo
y de la gorja, famoso,
entretenido y discreto,
á dos luces de lo oculto
y de lo vulgar, no siendo,
ni común en lo segundo,
ni enfadoso en lo primero;
de su Alteza el más valido,
lacayo al fin palaciego,
adelantéme, por darte
nuevas del Maestre, trecho
de seis millas por la posta,
que aunque él la viene corriendo
con cien caballos, que afrentan
los del sol, poblando el viento
de selvas y martinetes,
y de plumas, los sombreros
de oro y diamantes, tres horas
que ha querido con el sueño
hacer treguas, por llegar
descansado á ver los cielos
de tus ojos, le he tomado
de ventaja, porque espero
albricias de su llegada
á París, de los diez bellos
rayos de nieve y cristal
de tus manos.

BLANCA. ¿Viene bueno
mi hermano?

RODRIGO. ¡No ha de venir,
si viene á ver dos luceros
que ha de llevar á Castilla,
con quien el sol es plebeyo
aprendiz de rayos de oro,
y camina después de esto
por la posta, con gentil
cojín y portamanteo,
y no como yo, que traigo
á cureña rasa el suelo
con el fuste de la silla
desde Irún! ¡Pluguiera al cielo
que el Rey de Francia curara
por la virtud de sus dedos
lamparones á traicion,
que no pusiera en enfermo
mayor cuidado que en mí!
Pero todo es poco, siendo
padecido por llegar
á ver esos dos serenos
campos de soles sembrados.

BLANCA. Rodrigo, yo lo agradezco:
dale, madama Diana,
esta cadena.

RODRIGO. Soy preso
de vuestra Alteza, y esclavo;
y así la cadena acepto
de esa mano de madama,
aunque licencia no tengo
de recibir, si no fueren
cadenas y algún dinero.

BLANCA. ¿Parécense el Rey, Rodrigo,
y el Maestre?

RODRIGO. Como un huevo
á la torre de Sevilla;
los dos tienen por diversos
caminos, gallardas partes
de entendidos y dispuestos.
El Rey es galán, altivo,
grave, alentado, resuelto,
liberal, valiente, agudo,
hermoso, bizarro, atento,
airoso á pie y á caballo;
y el Rey, es rey en efecto,
que es la más hermosa gala
y el más lindo entendimiento;
y al fin ahora en Castilla
el más noble caballero,
el más rico mayorazgo
y el más bravo casamiento.

Es el Maestre más blanco,
más jarifo, aunque no menos
valiente, alentado, humano,
blando, agradable, risueño,
agasajador de todos,
bienquisto de todo el pueblo,
y tan temido del moro
como su padre y su abuelo;
á quien llaman en batallas
el escuadrón agareno,
el segundo Santiago,
porque con la insignia al pecho
del Apóstol, y á caballo,
y más si es blanco, los perros
renuevan apesar suyo,
en cada bélico encuentro,
la batalla de Clavijo;
y en lo liberal ha puesto
el cielo veinte Alejandros
de su mano cada dedo.
Fué de la legua con él
Senequilla en el ingenio,
y parece en lo mañoso
hombre bajo; al fin, el cielo
cifró en él cuanto pudiera
en diez maestres, y tengo
para mí, que tantas partes
no han de ser dichosas.

BLANCA. Pienso
que tiene el Rey más hermanos.

RODRIGO. Señora, sí; y caballeros
también de excelentes partes,
que son Enrique y don Tello
de Aguilar y Trastamara
condes; don Fernando luégo,
también de Ledesma conde;
don Juan, don Sancho y don Pedro,
hijos de doña Leonor
de Guzmán, hermoso extremo
de valor y de hermosura,
de sangre y entendimiento.
Guzmán, al fin, donde todos
por apellido son buenos,
gloria de Sidonia ilustre.

BLANCA. ¿Sidonia?

RODRIGO. Sidonia.

BLANCA. ¡Ay Cielo!
ese nombre me alteró
el alma dentro del pecho.

RODRIGO. Es una bizarra villa,
de que son ilustres dueños
los Guzmanes.

BLANCA. ¡Qué mal nombre
de lugar! ¡No sé qué miedos
tristes me ha causado oirle!

DIANA. De todo formas agüero.

BLANCA. ¡Ay de mí! que es el alma
el adivino más cierto
de los sucesos futuros.

DIANA. En tan cristiano sujeto
no sé cómo se acreditan
tantos gentiles recelos,
tantas ciegas ilusiones.

BLANCA. Dices bien; si un Dios inmenso
de todo es primera causa,
y esotras causas efectos
de su poder, el cristiano
corazón, con sabio acuerdo,
debe poner en sus manos
de su vida los sucesos
sin dar crédito á ilusiones.

DIANA. El rey tu tío sospecho
que pasa á tu cuarto.

RODRIGO. Y viene
con el Maestre, haciendo
ostentación de su sangre,
de su bizarro ardimiento
á la nobleza de Francia.

DIANA. Él es galán caballero.

BLANCA. Carlos, el embajador
de Inglaterra, recelo
que acompaña al rey mi tío
también.

DIANA. Carlos es.

BLANCA. Hoy pienso
que tendrán resolución
sus pretensiones.

RODRIGO. El cielo
parece que llueve Abriles
y que graniza reflejos
en las joyas y las galas
de franceses caballeros
y españoles.

Salgan de gala los que pudieren, y el REY JUAN DE BORBÓN á lo francés, y á un lado CARLOS, embajador de Inglaterra, y á la otra mano derecha D. FADRIQUE, maestre de Santiago, con una cruz al pecho, y de camino.

JUAN. Vuestra Alteza
llegue á hablar á Blanca.

FADRIQUE. Llego
á hablar á mi Reina. Deme
vuestra Majestad...

DIANA. (No ha puesto
el cielo mayores partes
en hombre.)

FADRIQUE. Su mano.

BLANCA. El suelo
no es justo que vuestra Alteza
esté ocupando, pues tengo
brazos con que recibirle.

FADRIQUE. Vuestra Majestad primero,
como reina de Castilla,
me ha de dar su mano, y luégo
en lo demás será justo
que la obedezca.

BLANCA. Confieso
que el permitirlo, Maestre,
es por añadir al reino
de Castilla más grandeza.
(Bésele la mano á Blanca, haciendo ella su reverencia al Maestre, y van sentándose Blanca y el Rey, y el Maestre á la mano derecha de Blanca, y Carlos embajador á la izquierda de él, un poco apartado, y los demás en pie.)

JUAN. Tomemos ahora asiento.

CARLOS. (¿Cómo reina de Castilla?
Eso arguye que está hecho
el casamiento con Blanca,
sin haber tomado acuerdo
con Ingalaterra.)

BLANCA. ¿Cómo
queda el Rey mi señor?

FADRIQUE. Siendo,
para apresurar su dicha,

lisonja de sus deseos.
BLANCA. Guárdele Dios muchos años,
como han menester sus reinos,
con mucho más que conquiste
y como yo lo deseo.
FADRIQUE. Y con vuestra Majestad
largos siglos los gocemos
en paz y en dichosa unión
de estos dos soles, naciendo
nuevos rayos á Castilla.
CARLOS. Según lo visto, no tengo,
Juan de Borbón, rey de Francia,
que hacer aquí, si están hechos
con don Pedro de Castilla
de Blanca los casamientos.
Pésame que de esta suerte
con mi Rey te hayas resuelto,
en vasallos, en poder
y en sangre ilustre excediendo
á Castilla.
FADRIQUE. Embajador
inglés, descortés y necio,
si la presencia del Rey
de Francia te ha dado alientos
para hablar libre á su sombra,
¡por vida del rey don Pedro
de Castilla, mi señor,
que con la salva al respeto,
que por vasallo y por mí
á mi Reina debo, y luégo
al Rey de Francia, que está
delante, que ponga freno
con castigo de mi mano
á vuestros locos extremos!
CARLOS. Español soberbio, ¿sabes
que soy Carlos, caballero
de la Jarretiera inglesa,
y milord de los primeros
de Ingalaterra, y de Escocia
mariscal?
FADRIQUE. Yo sólo tengo
ser español, y esta cruz,
sin acordarme que puedo
decir que soy don Fadrique,
hijo de Alfonso el Onceno
de Castilla, para hacerte
entender, inglés soberbio,
á tí y á tu Rey, que el mío
es mejor mil veces, y esto
te lo sustentaré á tí,
á tu Rey, á su heredero,
á Ingalaterra y al mundo.
CARLOS. ¿Yo, español?
FADRIQUE. ¿Qué, inglés?
JUAN. ¿Qué es esto,
embajador?
BLANCA. Maestre, basta.
FADRIQUE. Tus pies obediente beso.
BLANCA. Embajador, esto sólo
me toca á mí; el rey don Pedro
de Castilla es dueño mío,
y por vida de él, que menos
que el que es señor de la Lis
francesa, en sangre, ni en reino,
ni en valor, competir puede
con él. Por el Parlamento
os responderá mi tío;
y Dios os guarde.
CARLOS. No espero
dormir en París. *(Váse.)*
RODRIGO. ¿Y ha de irse
ese inglés sin pan de perro?
Dame licencia, Fadrique,
para una mohada.
FADRIQUE. Quedo,
Rodrigo.
REINA. Ya el Cardenal
de París aguarda.
JUAN. Entremos,
para que, por los poderes,
tenga el matrimonio efecto.
RODRIGO. Por Dios, que es fineza rara
casarse por otro.
BLANCA. El cielo
para mi dicha encamine
feliz este casamiento. *(Vánse.)*

Campo.

Gritan dentro LABRADORES y cantan.

MÚSICOS. Qué galán viene el Mayo,
lleno de olores,
al Abril agradezca
todas sus flores.

Salen el REY D. PEDRO, de caza, y D. JUAN DE HINESTROSA.

PEDRO. ¿Qué gente es ésta, don Juan
de Hinestrosa?
JUAN. Señor mío,
gente es de mi caserío.
PEDRO. ¿Tan cerca del Duero están
vuestras casas?
JUAN. Señor, sí;
sobre su cristal las tengo,
donde siempre voy y vengo
de Valladolid aquí.
PEDRO. ¿Qué gente tenéis?
JUAN. Señor,
criada de doña Juana,
que Dios tenga, y la villana
que me sirve en la labor.
PEDRO. Pienso que habéis de tener,
Hinestrosa, una sobrina
de belleza peregrina.
JUAN. De mediano parecer
basta; vuestra Majestad
no viene bien informado.
PEDRO. Don Enrique me ha contado
extremos de su beldad.
JUAN. Engañóse en los extremos
el Conde de Trastamara.
PEDRO. No me la vendáis tan cara.
JUAN. Sangres y vidas tenemos
á vuestros pies, vuestro soy
y todo es vuestro.
PEDRO. Á fe mía,
que en la mente la tenía
para la Reina, que estoy
esperando por momentos,
Hinestrosa, su llegada.
JUAN. Con eso dejáis honrada
mi casa y mis pensamientos.

Bésoos, señor, vuestra mano
por la merced.

PEDRO. Levantad,
y que os tengo voluntad
creed.

JUAN. Señor soberano,
bien sé que merced me hacéis,
y con la vida no puedo
pagar la deuda en que quedo.
Ruégoos que esta tarde honréis
mi casa, para que os bese
la mano doña María
mi sobrina.

PEDRO. Antes que el día
sepulte la espuma, y cese
la montería, haré
lo que me pedís.

JUAN. Señor,
honráis con este favor
de mi voluntad la fe.

PEDRO. Hinestrosa, guárdeos Dios.

Sale D. ENRIQUE.

¿Qué hay, Enrique?

ENRIQUE. Ya te espera
la montería.

PEDRO. Quisiera,
Enrique, emprender con vos
el jabalí que primero
nos diere el bosque.

ENRIQUE. Contigo
rendir Olimpos me obligo.

PEDRO. De vuestro valor espero,
infante, eso y mucho más.

ENRIQUE. Soy tu hermano, y el que tengo,
del claro origen que vengo
heredé.

UNA VOZ. *(Dentro.)* Buscando vas,
fiera altiva, muerte honrosa,
pues el brazo solicitas
del Rey, cuando el rayo imitas
hasta en tu mano envidiosa.

JUAN. Vuestra Majestad se aparte,
que el más fiero jabalí
del monte le embiste aquí.

PEDRO. No importa: aunque fuera Marte
celoso de Adonis.

ENRIQUE. Yo
quiero al encuentro salirle,
y antes que tú recibirle
en el venablo.

PEDRO. Eso nó,
Enrique, que no ha de haber
valor primero que el mío.

JUAN. ¡Monteros, al Rey!
(Vanse don Juan de Hinestrosa dando voces, y Enrique y el Rey terciados los venablos, y al entrar hacia el vestuario)

Sale D.ª MARÍA DE PADILLA con un venablo vaquero y montera con dos plumas.

MARÍA. El río
tu amparo en todo ha de ser.

PEDRO. Detente, Enrique, que el fiero
animal se ha convertido
en Venus, de quien ha sido
celoso amante primero.

MARÍA. (¿Caballeros por aquí
cortesanos? Volver quiero
atrás, que seguir espero
los pasos del jabalí.)

PEDRO. Aguarda, hermosa Diana,
de estos bosques cazadora,
si no eres divina aurora
de más hermosa mañana,
que es de la Noruega día
excusado.

MARÍA. Perdonad,
que excusa la honestidad
lances con la cortesía.

ENRIQUE. Esta es, señor, de don Juan
de Hinestrosa la sobrina.

PEDRO. Su hermosura es peregrina,
esperad.

MARÍA. Voces me dan
mis labradores, no puedo,
que los dejé con cuidado
en ese vecino prado.

PEDRO. Si te vas sin alma quedo;
vuelve, vuelve.

MARÍA. Es imposible.

ENRIQUE. Mirad que es el Rey, señora.

MARÍA. Á ese nombre vuelvo ahora,
que es de la más invencible
voluntad, del más lozano
corazón freno.

PEDRO. Volved
á hacer á reyes merced.

MARÍA. Vuelvo á besarte la mano.

PEDRO. Levanta, ó mira que estoy
por deponer la real
dignidad, y en el cristal
de esa mano, de quien soy
Narciso, mas justamente
enamorado de mí,
poner la boca.

MARÍA. Hasta aquí
pude esperar obediente:
vuestra Majestad me dé
licencia para volverme,
que no es razón detenerme,
ni que con el Rey esté
en el campo, y tan á solas,
una mujer como yo;
y así, el que á Castilla os dió,
de las glorias españolas
timbre ilustre, heróico Pedro,
donde no llegan los días
os dilate monarquías.

PEDRO. Mayores son las que medro
en los imperios hermosos
de tus ojos celestiales.

MARÍA. No son historias reales,
no son hechos generosos,
dignos de vuestra grandeza,
detenerme en parte, adonde
mi valor no corresponde
de su sangre á la nobleza:
que tengo en vuestro servicio
un grande deudo, creed,
á quien vos hacéis merced
con generoso ejercicio
en vuestra cámara, y no
es bien que en esto os paguéis
de la merced que le hacéis;
y muchas mayores yo

de vos, por él, las espero,
y temo que me halle así
hablando con vos aquí;
que es bizarro caballero,
y no permite en su honor
ningún agravio, aunque un rey
honra, si bien trae la ley
de la opinión más rigor.
En esta casa, que tiene
sobre el Duero, me ha criado
con el heróico cuidado
que al honor de ambos conviene.
Y hoy, que era de Mayo el día
primero, sus labradores,
llenos de olorosas flores,
rústica antigua alegría,
me quisieron festejar
en este prado, que al Duero
guarnece, cuando de un fiero
jabalí me ví asaltar,
que buscaba la corriente
de su cristal por sagrado,
quizá en el bosque acosado
del calor y de tu gente.
Yo, que siempre prevenida
del venablo al campo salgo,
que de su acero me valgo
muchas veces, divertida
en la caza, le seguí,
hasta cuando os encontré,
y tus favores troqué
á asombros de jabalí.
Esto soy, esto es mi tío,
á esto he salido, con esto,
si sois servido, he dispuesto
volverme.

PEDRO. Con mi albedrío
solicitas permisión
tan imposible, que apenas
soy dueño mío.

MARÍA. ¡Qué llenas
de estos accidentes son
las voluntades humanas!
¿Qué, también pasan los reyes
por las naturales leyes?

PEDRO. Las bellezas soberanas
de los reyes dueños son;
y la que tenéis, María,
de los reyes y del día.

MARÍA. Con tanta jurisdicción
presumida puedo estar.

PEDRO. Reina del Rey sois, y reina
de todo el oro que peina
el sol en tierra y en mar.
Enrique, á tus alabanzas
excedió aquesta mujer
la vista, reina ha de ser
de todas mis esperanzas.
¿Cómo es su apellido?

ENRIQUE. Pienso
que es Padilla.

PEDRO. Ilustres son
En Castilla y en León.
Bien puede el prodigio inmenso
de su hermosura y valor,
medirse con la grandeza
de un rey.

ENRIQUE. Mucha es su belleza,
mas tu grandeza es mayor:
sólo Blanca merecer
pudo tan alta porfía.

PEDRO. Enrique, doña María
de Padilla lo ha de ser.

ENRIQUE. ¿Qué, señor?

PEDRO. Reina: ninguno
á mi voluntad replique,
que será indignarme, Enrique.

ENRIQUE. Ni tu voluntad repugno
ni la apruebo.

PEDRO. Bien está:
la hermosa doña María
de Padilla es reina mia,
y de Castilla lo es ya.

MARÍA. Guárdete el cielo.

PEDRO. Pues esto
ha de ser, que tu nobleza
puede igualar mi grandeza.

MARÍA. Echó la fortuna el resto
en mi favor.

PEDRO. Esa mano
me dad, que mil veces beso.

MARÍA. En tan dichoso suceso....

Sale D. JUAN DE HINESTROSA.

JUAN. ¿Señor?

PEDRO. ¿Qué queréis, Maestre
de Alcántara?

JUAN. En vuestros pies
mis labios pongo, y desde hoy
la vida, para que muestre
la obligación en que estoy
del honor que me habéis hecho.

PEDRO. Honro vuestro ilustre pecho
y lo que merece os doy.
¿En qué paró el jabalí?

JUAN. Bañado en su sangre queda
en esa verde alameda,
y el Duero, que pagó así
el villano atrevimiento
á un rey.

PEDRO. Maestre, llegad,
y á vuestra sobrina hablad,
que ya de mi pensamiento
dichoso dueño ha de ser.

JUAN. Señor, mi sobrina y yo
somos vuestros.

PEDRO. Quien la dió
el alma, la podrá hacer
también reina de Castilla:
bien merece este favor,
quien lo es con tanto esplendor
de la casa de Padilla.
(Tocan una corneta.)
¿Qué es esto?

JUAN. Postas parecen.

ENRIQUE. Ya llegan.

PEDRO. ¿Quién es, Enrique?

ENRIQUE. El maestre don Fadrique,
mi hermano.

PEDRO. Bien te merecen,
hermosa doña María,
finezas mis pensamientos
iguales á los intentos
de la nueva dicha mía.

ENRIQUE. Poco alborozo ha mostrado
el Rey con Fadrique, alguna
nueva injuria en la fortuna

de Blanca me da cuidado.

Salen D. Fadrique y Rodrigo, de camino.

Fadrique. Dame los pies.

Pedro. Fadrique, alza del suelo;
¿cómo vienes?

Fadrique. Señor, de gusto loco,
y del mal de tu ausencia sin recelo,
pues en tus pies dichoso puerto toco.
Traigo por reina de Castilla un cielo;
traigo un sol, un ángel y esto es poco;
traigo á Blanca de Borbón, que encierra
cuanto cifran deidades de la tierra.
Tuvo feliz suceso mi jornada;
á París, población mayor de Europa,
por tanto francés héroe celebrada,
que el sol venera en la estrellada copa;
propuse al Rey de Francia mi embajada,
llevando en todo la fortuna en popa,
y el valor ostentando de quien eres,
con Blanca me casé por tus poderes.
Contarte de París las fiestas, fuera
intentar reducir á breve suma
cuantos luceros la dorada esfera,
cuantas arenas la salada espuma
contiene juntas; su discurso espera
de más aguda, más atenta pluma,
porque, entre sus ingenios soberanos,
hay Itólicos, Silios y Lucanos.
Al fin, después de hacerse nueve días
fuegos, sortijas, justas y torneos,
y diferentes modos de alegrías,
que dejaron cobardes los deseos,
grandezas vinculando á cortesías,
hasta las mismas Landas de Burdeos,
adonde las entregas se firmaron,
Rey y Delfín á Blanca acompañaron.
Blanca, el dichoso y más funesto día
para París, si alegre para España,
sobre una hermosa y remendada pía,
que con la cola y crin la tierra baña
de plata ó nieve, en un sillón, que ardía
en oro y piedras, de grandeza extraña,
salió del Louvre de París, del modo
que sale el sol á hacerlo cielo todo.
Iba de blanca tela, á la española
vestida Blanca, cuyo rostro bello
de nueva luz los cielos arrebola,
con un joyel de tu retrato al cuello;
y en una trenza de diamantes sola
presos los rayos de ámbar del cabello;
tan aurora, tan sol, que dijo el día
que ser virrey de Blanca merecía.
Llevó delante toda la nobleza
de Francia, y el Delfín, y el Rey su tío,
sirviendo de epiciclo á su belleza,
que fué de amor tirano desafío;
yo á pie, por ostentar mayor grandeza,
de no llevar la falda al dueño mío;
que sufriese, causando al cielo asombro,
tanto lucero del Zeylán al hombro.
La hermosa compañía de las damas,
siguiendo á Blanca en varios palafrenes,
acrecentaron á sus rayos famas,
y acreditaron al amor desdenes;
las armas de las guardas daban llamas
por reflejos al sol, y parabienes
de sus damas á Blanca las estrellas,
porque salió una vez el sol con ellas.
Llegó con esto á la famosa puerta
de la ciudad, que ya del vulgo estaba,
como las calles de París, cubierta;
que su partida á lágrimas pesaba,
y del amor de sus paisanos cierta,
por lágrimas también luceros daba,
que llora perlas la adorada aurora,
y cuando llora el sol estrellas llora.
Aquí saliendo á descubrir el cielo
y el camino de España, del caballo
Blanca cayó con un corcovo al suelo,
sin poder prevenillo ni atajallo;
presagio pareció, pero el recelo,
como esclavo de Blanca y su vasallo,
desmintiendo del vulgo, que se altera,
en brazos la traslado á una litera.
Blanca, al primer candor restituída,
mostró, á sus voluntades obligada,
de su cielo la luz agradecida,
y de la nieve al nácar mejorada,
y publicando amenes á su vida,
con esto dió principio á su jornada
tras los que al nuevo ocaso caminaron,
llevándose los ojos que quedaron.
Prosiguióse con muchas novedades
de sucesos siniestros, y de algunas
muertes y prodigiosas novedades,
venciendo en tu esperanza sus fortunas;
al fin, después de tantas tempestades,
para el temor señales importunas,
tomamos puerto en la dichosa raya
que Francia parte líneas con Vizcaya.
En Burgos entré ayer, y la grandeza
de la que es digna reina de Castilla,
hízole nuevas fiestas su cabeza,
de tanto cetro castellana silla,
de donde anticipando á su belleza
precursores anuncios á la villa
mejor de España, á cuyo valle hermoso
nombre dió Olit con su valor famoso,
postas tomando, llego á darte aviso,
y teniéndolo en él de que cazabas
en este bosque, de cristal Narciso
del Duero, y que á Pisuerga celos dabas,
para hacer á estos campos paraíso
del Abril, en las nuevas que aguardabas,
vengo á buscarte, y de tu Blanca un rayo,
y asegurarle vínculos de Mayo.

Pedro. Á Valladolid te vuelve,
Fadrique, y de la jornada
descansa.

Fadrique. En cuanto á la entrada
de la Reina, ¿qué resuelve
vuestra Majestad?

Pedro. No hay más
reina en Castilla, Fadrique,
que la que ves.

Fadrique. Que os replique
me permitiréis.

Pedro. Jamás
al rey replicarle debe
el vasallo.

Fadrique. En esto sí.

Pedro. ¿Tú has de replicarme á mí?

Fadrique. Cuando la razón me mueve,
¿por qué nó?

Pedro. La razón es
mi gusto, esto solicito

en mi amor.
FADRIQUE. El apetito
la razón tiene á los pies.
PEDRO. En Castilla y en León
ha de reinar la Padilla.
FADRIQUE. Sólo es reina de Castilla
doña Blanca de Borbón.
ENRIQUE. No tienen los castellanos
otro dueño más que á tí
y á Blanca.
PEDRO. ¿Qué es esto? ¿Así
á mí os atrevéis, villanos,
hijos de doña Leonor
de Guzmán?
FADRIQUE. ¡Vierto veneno!
Ni tu padre fué más bueno,
ni tu madre fué mejor,
que el Guzmán de nuestra madre
iguala, porque concluya,
á Portugal por la tuya,
y á Castilla por mi padre;
y no eres mejor que yo
ni Enrique.
PEDRO. Con los aceros
los atravesad, monteros.
RODRIGO. Á lindo puerto llegó
el Maestre; juro á Dios,
que se ha metido Fadrique
en buen pelotero.
FADRIQUE. Enrique,
vendámonos hoy los dos
como quien somos.
MARÍA. Yo espero
deberos esta piedad
por merced.
PEDRO. Á tu beldad,
que hoy deban las vidas quiero,
como se quiten delante
de mí.
MARÍA. Fadrique y Enrique,
adios.
ENRIQUE. Vámonos, Fadrique.
FADRIQUE. Ciego al fin, y loco amante.
RODRIGO. Por Dios que vamos medrados
de albricias.
PEDRO. Guiad, Hinestrosa,
á vuestra casa.
RODRIGO. ¡Qué cosa
para lo que mis cuidados
me prometieron!
PEDRO. María,
dueño de mis pensamientos,
vamos.
FADRIQUE. Tus ciegos intentos
castigue el Cielo algún día.

JORNADA SEGUNDA

Salón del palacio en Valladolid.

Salen el REY, de camino, y D. JUAN DE HINESTROSA con hábito de Alcántara.

PEDRO. Hoy he de salir, Maestre,
de Valladolid sin falta,
que estoy sin mí, y en la Puebla
de Montalván tengo el alma.
Ya celebré, por mi madre,
las bodas con doña Blanca,
y para un novio sin gusto,
Maestre, una noche basta.
Yo le agradezco las fiestas
que la villa deseaba
hacerme, que para mí,
otras mayores me llaman.
Ausentes de lo que adoran
violentas viven las almas;
no está el corazón adonde
anima, sino donde ama.
Ir á mi centro procuro,
como la piedra arrojada
al aire, que con más fuerza
buscando el descanso baja.
Amor es una influencia,
que de dos sangres templadas,
en dos diferentes cuerpos
hace dulces consonancias.
Doña Blanca me perdone,
que con estrellas contrarias,
nunca engendra la razón
lo que al apetito falta.
JUAN. Mira, señor, que con estas
y otras novedades, causas
el hacer á tus validos,
con la común ignorancia
sospechosos, porque piensa
el pueblo que no te hablan
verdad, y te lisonjean.
Mi sobrina es tu vasalla,
y no es justo que por ella
dejes una reina.
PEDRO. Basta,
Hinestrosa, que por vida
de su beldad soberana
que ha de ser reina en Castilla,
y que me enoja quien habla
conmigo en esas materias.
Como ya sabes, con Blanca
no soy casado, pues es
matrimonio aquel que enlaza
dos voluntades conformes,
y aquí ninguna se halla.
El Arzobispo de Burgos
y de Toledo, por cartas
me obligó á que escribiese
el Reino, y por embajadas
antepuestas, concertaron
este casamiento en Francia,
casándome por poderes
don Fadrique.
JUAN. No se casan
de otra manera los reyes.
PEDRO. Yo nó, que gusto que el alma
de la que ha de ser su dueño,
los ojos la satisfagan.
Demás de que estoy, Maestre,
sospechoso, que me trazan
mi madre y Blanca (llamando
de Galicia y de Vizcaya
á don Enrique y don Tello;
y á Fadrique de la sagra
de Toledo, donde ahora,
temiendo mi enojo, pasa)
ponerme gobernadores

que templen las amenazas
de mi condición, y el fuego
del dulce amor que me abrasa.
Yo nací en Castilla, dueño
soberano, y por las armas
y la justicia he de serlo,
apesar del mundo, y cuantas
razones de estado intentan:
no sufre el reinar en nada
compañía; si mi madre
y Blanca en esto se agravian,
no están de mi madre misma
ni de Blanca las gargantas
seguras.

JUAN. Señor, advierte,
que el pensamiento te engaña,
ó los que ponerte quieren
mal con tu madre y con Blanca,
que todas serán razones
á tu bien encaminadas,
y no como te parecen,
de estado, al tuyo contrarias;
porque no son parentescos
los que te tienen entrambas
para otra imaginación.

PEDRO. Yo determino apartarlas,
porque, para suegra y nuera,
Maestre, amistad tan rara,
no puede dejar de ser
sospechosa. Cid de Estrada
os dará un despacho mío;
luégo, Hinestrosa, que parta
de Valladolid, ponedle
en ejecución.

JUAN. ¿No mandas
que yo te vaya sirviendo?

PEDRO. Sois acá más de importancia,
y yo voy á la ligera.
Men Rodríguez de Sanabria,
mi mayordomo mayor,
que por su sangre y su casa
mayores puestos merece
en la mía, cuyas canas
mi mocedad honran, tiene
el orden de la jornada,
y los que hoy quiero, Maestre,
que solos conmigo salgan
de Valladolid.

JUAN. Ya viene
con botas y espuelas.

Sale MEN RODRÍGUEZ de barba larga y bastón de mayordomo mayor.

MEN. Parta
vuestra Majestad, señor,
cuando gustare, que nada
falta por ejecutar
de todo lo que me mandas
en la jornada.

PEDRO. Buscad,
Hinestrosa, á Cid de Estrada.

JUAN. Ya voy, señor.

MEN. Solamente
ha de sufrirle á mis canas,
que le suplique que vea
á la Reina antes que parta:
su Majestad me ha pedido,
ó me ha mandado, que haga
esto con vos, y por ella,
y aquí la respuesta aguarda:
suplícoos, señor....

PEDRO. Decidle,
Men Rodríguez de Sanabria,
que yo voy para volver
muy presto.

MEN. Señor, no es causa
para no hablarla primero.

PEDRO. Decid que éntre.

MEN. El cielo os haga
señor del mundo.

PEDRO. ¡Ay, María,
presto te hallarán mis ansias!

Salen D.ª BLANCA vestida á la española, y DIANA con ella, también á la española, y MEN RODRÍGUEZ por bracero.

BLANCA. ¿Señor, con tanto rigor,
con tanta priesa, con tanta
esquivez de mí os partís,
que aun me negais que la cara
os vea? ¿Tanto una noche,
con quien os adora os cansa,
que como si fuera un siglo
sin hablarme hacéis tan larga
ausencia de mí? ¿Qué es esto,
mi esposo, mi dueño?

PEDRO. Blanca,
los reyes, en quien estriba
del gobierno la pesada
carga, y que á reinar comienzan,
poco en los gustos descansan.
Yo voy á cosas que son
á mis reinos de importancia,
con esta priesa, y no entiendo
que será mi ausencia larga.
En Valladolid quedáis,
la mejor villa de España,
de mi madre, y la grandeza
de quien sois acompañada,
y no tenéis para qué
desconsolaros.

BLANCA. Quien ama,
quien otro bien no conoce
si no es á vos, cosa es clara
que ha de sentir vuestra ausencia,
con tal priesa ejecutada.

PEDRO. Es fuerza.

BLANCA. Es desdicha mía,
es prevenida desgracia,
acreditáos en Castilla
de los temores de Francia.
Razón de estado queréis
hacer de vuestra mudanza,
que en los reyes van las leyes
donde ellos quieren que vayan.
Bien se ven las que os obligan
tan apriesa á esta jornada:
culpa mis desdichas tienen,
no se la déis á la causa.
Pero mi rey, mi señor
y mi esposo, si os agrada
otra, por tener más dicha
que yo, ó por ser más gallarda,
ó por no ser mujer propia
que con el nombre embaraza;
porque los gustos se avivan

más en las desconfianzas:
no os ausentéis; venga á ser
mi reina, que como os haga
gusto, teniéndoos presente,
yo la serviré de esclava.

PEDRO. Basta, Blanca, que no quiero
escuchar tiernas palabras,
ni ver lágrimas, que son
de un accidente engendradas,
que excusar un rey no puede;
yo volveré presto, Blanca:
el Cielo te guarde.

BLANCA. Dame
siquiera un abrazo, enlaza
este cuello, hermosa vid
de todas mis esperanzas.

PEDRO. Bien está, Blanca, no importan
brazos donde están las almas
tan unidas, adios. Vamos,
Men Rodríguez de Sanabria.

DIANA. ¡Notable rigor!

MEN. Señora,
guárdeos el Cielo, y pues tanta
cordura os dió, valéos de ella,
que sigo al Rey: las entrañas
llevo de quejas tan justas
mil veces atravesadas. *(Vase.)*

BLANCA. Dueño, señor, rey, esposo,
¿qué áspid de Libia te tapa
de esa suerte las orejas,
pues no soy quien os encanta?
¿Adónde vais? ¿Qué rigor
de mi dicha os arrebata,
de los ojos que os adoran?
No es culpa ser desdichada,
culpa no adoraros fuera.
¿Dónde me llevais el alma?
Para ensangrentarse en ella,
¿qué cocodrilo la aguarda?

DIANA. En imposibles fortunas,
señora, es mejor dejarlas
á la piedad de los días,
que al remedio de las ansias.

BLANCA. No en vano tantos recelos
se anticiparon, Diana,
á mi desdicha. ¿Quién es?

Sale D. JUAN DE HINESTROSA con un papel en la mano.

JUAN. Señora, yo que aguardaba
á hablaros aquí.

BLANCA. ¿Pues qué hay,
don Juan de Hinestrosa? ¿Falta
alguna cosa que hacer
conmigo, más que la amarga
ausencia del Rey?

JUAN. Señora,
falta el ser vos desdichada;
serlo yo más en venir
á acrecentaros desgracias.

BLANCA. No será nuevo, Hinestrosa,
en vos, pues la sangre ingrata
vuestra, el bien me tiraniza,
me destruye y me descasa.
Con sangre vuestra, Maestre,
antes de venir á España,
condenó á negar ventura
á quien sólo en nombre es Blanca.

JUAN. El Cielo sabe, señora,
que no hemos sido la causa,
ni mi sobrina ni yo,
de vuestra desdicha en nada.
¿Al poder de un rey resuelto,
quién no obedece? ¿Qué rama
temblando el rayo, no teme
del Cielo sus amenazas?
Es la vida de los reyes
rayo que todo lo abrasa.

BLANCA. Hinestrosa, mis desgracias
son las que ayudan al Rey
más contra mí, y me alentara
si las que temo que vengan
no excedieran las pasadas.
Nunca es sola una desdicha,
que volviera las espaldas
al valor, si no viniera
con muchas acompañada.
Decid, ¿qué es lo que queréis?

JUAN. Este despacho me manda
el Rey que en vos ejecute,
señora, luégo que salga
de Valladolid; leedle.

BLANCA. Quien se declara
por desdichada, en ninguna
que viene, novedad halla.
(Lee.) «Don Juan Fernandez de Hinestrosa, nuestro camarero mayor, maestre de Alcántara: Prended el cuerpo de doña Blanca de Borbón, reina de Castilla, llevándola á Tordesillas, con la guarda que conviene; que esto, por causas secretas, importa á nuestro real servicio. Dada en Valladolid. YO EL REY.»

DIANA. Castigue el cielo crueldades
y asperezas tan extrañas.

BLANCA. Diana, ¿qué es esto? ¿Cómo
ya de las quejas se pasan
los términos al respeto
que á la majestad sagrada
del Rey se debe? Él tendrá
mi prisión considerada,
y debe de importar esto
á su grandeza.

JUAN. ¡Qué rara
prudencia! ¡Qué gran cordura!

BLANCA. Maestre, lo que el Rey manda
obedezco, y su real
cédula pongo, sin nada
contradecir, en la boca,
y en la cabeza, con tantas
sumisiones como véis;
disponed de mi jornada
cuando gustéis.

JUAN. Luego es fuerza.

BLANCA. ¿Tan aprisa?

JUAN. Cid de Estrada
me dió esta instrucción.

BLANCA. ¿Podré
despedirme antes que parta
de la Reina mi señora?

JUAN. Señora, nó, que á Simancas
manda también que la lleve
don Pedro de Torquemada,
el obispo de Palencia.

BLANCA. De su rigor, ¿qué me espanta,
si á su misma sangre prende?
Hinestrosa, ¿qué criadas
podré llevar?

JUAN. Las que os diere
gusto nombrar en seis damas
y tres dueñas.
BLANCA. De esa suerte
irán conmigo Diana
y Flor de Lis, que nacieron
para morir desdichadas.
DIANA. Morir contigo pretendo.
BLANCA. El Cielo te guarde: ¿qué armas,
Don Juan de Hinestrosa, son
las que han de traer?
JUAN. La guardia
ha de ir, señora, con vos
á Tordesillas.
BLANCA. Diana,
desdichado dueño tienes:
vamos, Maestre, que tardan
mis desdichas; ¡nunca, Blanca,
para venir á Castilla
hubieras dejado á Francia!

Morada del Maestre en una villa del maestrazgo de Santiago.

Toquen cajas y salgan en cuerpo los que pudieren, con hábitos de Santiago, y DON FADRIQUE con bastón.

FADRIQUE. Treces y comendadores
del Apóstol español,
que habéis puesto sobre el sol
vuestros nombres vencedores:
hoy os convida la fama
á coronar las cabezas,
pues con más arduas proezas,
á heróicos lauros os llama.
De Giromena y Jumilla
se ha apoderado Navarra,
que solicita bizarra
las fronteras de Castilla.
Con vosotros, caballeros,
las ha de restituir
el Rey mi hermano, ó morir
á los navarros aceros.
Porque sobornar procuro
con esto la voluntad
de mi Rey, y á su amistad
volver con este seguro;
que para desenojarle
de lo pasado conmigo,
estas dos villas me obligo
libres del navarro, darle.
Al Conde de Trastamara
mi hermano Enrique, le escribo
en lo mismo, y le apercibo
para la empresa, y llamara
á Don Tello, si en Vizcaya
para la real corona
no importara su persona,
teniendo al navarro á raya.
Ya con Blanca celebró
en Valladolid las bodas
y las esperanzas todas
con esta unión realizó;
con lo cual, es justa ley
aventurar el valor
por el natural señor,
no piense el navarro Rey
que falta en los castellanos,
y que no tiene defensa
á tan atrevida ofensa
en vasallos, ni en hermanos.
Esta es la empresa que ordena
de mi sangre la lealtad,
y lo que os toca: marchad
á Jumilla y Giromena. *(Tocan.)*

Sale RODRIGO.

RODRIGO. Al alto, que en dos caballos,
que atrás se dejan el viento,
tan hijos del pensamiento,
que aun no se paró á engendrallos,
desde ese vecino monte
que precipitado abraso,
que uno parece Pegaso,
y el otro Belerefonte,
dos gallardos caballeros
al parecer se descubren,
que de blancas plumas cubren,
á lo francés, los sombreros:
que te detengáis intentan,
porque con los lienzos hacen
señas.
FADRIQUE. ¿De qué intento nacen
las ansias que representan?
Receloso estoy, no sean
rigores del Rey, Fadrique,
en Blanca y en don Enrique.
RODRIGO. Ya llegan, y ya se apean.
FADRIQUE. Franceses son y uno de ellos
trae una banda, Rodrigo,
por los ojos.
RODRIGO. Yo te digo,
que hay grande misterio en ellos:
ojo avizor á las manos
cuando te lleguen á hablar,
no te vengan á matar
por el Rey.
FADRIQUE. ¡Con qué villanos
pensamientos has nacido!
RODRIGO. Pues juro á Dios que no es miedo,
y que sabes tú que puedo
decir, que soy el que he sido;
pero temo el antumbión,
como al mismo Barrabás,
que trae, entre el cis y el zas,
notable resolución.

Salen SUER RODRÍGUEZ DE NAVALES, asturiano, y MADAMA DIANA, con una banda por los ojos, vestida de hombre.

SUER. Maestre, este caballero
aparte te quiere hablar,
si sois servido escuchar
sus intentos.
RODRIGO. Escudero
y banda, libro parece
de caballería, llega
advertido.
FADRIQUE. No se niega
don Fadrique á quien se ofrece
hablarle en toda ocasión
de paz ó de guerra.
SUER. Quien es, informado está
del bizarro corazón
que vuestra sangre real
gobierna, pero el que intenta

hablaros, paz os presenta
y no guerra.

RODRIGO. Con igual
enigma no me encontré
en mi vida.

DIANA. (¡Oh, qué valor!
que partes ayuda amor
los impulsos de mi fe.)

FADRIQUE. ¿Qué es lo que mandas?

DIANA. Maestre, *(Quítase la banda.)* ¿Conocéisme?

FADRIQUE. Estoy pensando
dónde os he visto, y juzgando
á groseros y á silvestre,
mi conocimiento en vos.

DIANA. ¿Tanto en ausencia tan poca
se olvida?

RODRIGO. No abre la boca,
ni alza el brazo; juro á Dios,
que no me lleve el francés
daga y espada tras sí,
alma y corazón.

DIANA. Aquí
tienes, Fadrique, á tus pies,
y en este traje á madama
Diana de Valois.

FADRIQUE. Creo,
que te ha fingido el deseo.

DIANA. Tu mismo valor me llama,
y lo que debo, Fadrique,
á Blanca.

FADRIQUE. ¿En qué estado está?

DIANA. Esta carta te dirá
lo que falta.

RODRIGO. ¿Si es de Enrique
ese pliego que le ha dado
el francés, y determina
que andemos á la bolina
unos con otros?

FADRIQUE. Cuidado,
Diana, el peligro me da,
que temo la condición
del Rey, y en otra ocasión
más expuesta al daño está,
por mozo, y enamorado
de mujer noble, y mujer
de partes.

DIANA. Tanto poder
el Cielo á su encanto ha dado,
que después de celebrar
en Valladolid con Blanca
las bodas, que la lis franca
pudo hasta el sol levantar,
á la Puebla caminando
de Montalván, otro día,
donde de doña María
le estaba el imán llamando,
á Blanca mandó llevar
presa, sin saber por qué,
á Tordesillas, que fué
querér el Cielo enseñar
en su ofendida inocencia
la nueva crueldad de un rey,
pues contra la justa ley
natural con la violencia
de Nerón, el mismo día
á Simancas envió
presa, á quien el sér le dió,
la infeliz reina María.
Yo, viendo el mísero estado
de Blanca, y que para vella,
si contra una infausta estrella
me concede Dios el hado,
tomando el traje que ves,
del Rey el poder tirano,
yo y este noble asturiano,
de un caballero francés
deudo mío, que sirviendo
á Blanca vino á Castilla,
y estos brutos, maravilla
del sol, el aire excediendo,
con la carta que te he dado
vengo á tu piedad, Maestre,
y porque también te muestre
cuánto mi amor te ha obligado,
que de tan gran caballero
podemos los dos fiar,
que han de saberte obligar
la carta y el mensajero.

FADRIQUE. En tantas obligaciones
me pone Blanca, y me ha puesto
Diana, que estoy dispuesto,
en todas las ocasiones
que se ofrecieren, la vida
por las dos aventurar,
pues la una sabe estimar,
y ésta paga agradecida.

DIANA. Suer Gutiérrez de Navales,
besa al Maestre la mano.

SUER. Este valor asturiano,
de tus hazañas reales,
Maestre, sombra ha de ser
hasta la muerte.

FADRIQUE. Yo fío,
si el vuestro es sombra del mío,
que le habéis de oscurecer.
Dadme los brazos ahora.

RODRIGO. Brazos en esta ocasión,
si no es lucha, amistad son.

SUER. No en vano España os adora.

FADRIQUE. Amigos hemos de ser
hasta la muerte los dos.

SUER. Eso ofrezco á Dios y á vos.

FADRIQUE. La carta quiero leer.
(Lee.) «Maestre, ya mis cuidados
me han hallado en mis temores,
de mis desdichas mayores
que los tuve imaginados.
Causas, por quien sois, tenéis
para acordaros de mí,
si no es que porque nací
sin dicha, os acobardéis.
El favor de vuestra espada
en mi defensa se muestre
por vuestra reina, Maestre,
y por mujer desdichada.
Presa en Tordesillas quedo,
y temo en esta ocasión,
que me muden la prisión
al alcázar de Toledo,
con intento de acabar
con mi vida de una vez,
que aunque es mi dueño el juez,
se ha dejado sobornar.
No está la desdicha en mí,
ni la culpa en los antojos,
que el hechizo de unos ojos
le tienen fuera de sí.
Socorredme, que no es justo,

viviendo vuestra cuchilla,
que una Reina de Castilla
muera por ajeno gusto.»
No paso más adelante,
que me anego en llanto: estoy
sin mí: su vasallo soy,
y soy tu obligado amante.
Por ambas cosas espero
á la defensa acudir
de Blanca, y restituir
su valor al ser primero.
En esta villa, Diana,
de mi maestrazgo, en tanto
que sereno el triste llanto
á la dorada mañana
de Blanca, te quedarás
de mis vasallos servida,
amada y entretenida.

DIANA. Fadrique, engañado estás,
que ha jurado mi temor,
morir en el mismo día
que de tí me ausente; fía
más del heróico valor
que me dió Francia, y la casa
que noble sangre me ha dado
para verter á tu lado.

FADRIQUE. Límites de humano pasa
el tuyo, Palas francesa,
no eres humana mujer;
vén, que á mi lado has de ser
el norte y sol de esta empresa.
Católicos caballeros
de la sangrienta cuchilla,
defensores de Castilla;
vuestros heróicos aceros
vayan á favorecer
á vuestra Reina conmigo.

SUER. Que moriremos contigo
puedes por cierto tener.

JUAN. Ofrezco en mi corazón
los deseos cuantos van
contigo.

FADRIQUE. Ah, ilustre don Juan,
al fin Téllez y Girón,
en quien jamás entró el miedo.

SUER. Morir por tí deseamos.

FADRIQUE. Pues alto, á Toledo vamos.

SUER. Marcha á Toledo.

FADRIQUE. Á Toledo. *(Vanse.)*

Calle de Toledo.

Salen la guardia del Rey, BLANCA y D. JUAN FERNÁNDEZ DE HINESTROSA.

JUAN. Esta es, señora, la imperial Toledo,
córte de Resisundo y Recaredo,
y de otros reyes godos y españoles.

BLANCA. Aun duran de su luz los arreboles;
con más gusto pensé mirar sus muros
de tanto rayo de África seguros,
entrando como reina, y no, Hinestrosa,
por vuestra prisionera, pero es cosa
de que se debe de servir al Cielo,
á quien en mis desdichas siempre apelo.

JUAN. Gobiernan siempre, Blanca, la prudencia,
los nortes del valor y la paciencia;
querrá el Cielo sacar de estos nublados
los rayos de su luz acrisolados.

BLANCA. Aunque me quejo de mi corta dicha,
mayor es mi valor y mi desdicha.
¿Qué templo es éste?

JUAN. Es la mayor iglesia,
que es en España maravilla Efesia.

BLANCA. Con vuestra permisión entraré dentro,
que con deseo de tan santo intento
dejé, Hinestrosa, la litera.

JUAN. Es fuerza
que en nada la instrucción del Rey se tuerza,
que manda que en llegando, en su alcázar
os deposite, sin tocar en otra
parte ninguna de Toledo.

BLANCA. Ahora
poco respeto fuera á Dios.

JUAN. ¿Señora?

BLANCA. Nada puede estorbarme que no haga
oración, y que al Cielo satisfaga.

JUAN. Oye, advierte.

BLANCA. Seguidme.

JUAN. Ya es forzoso obedecerte.

GUARDIA. El acto mismo su intención abona.

JUAN. Guardias, seguid de Blanca la persona.

GUARDIA. De nuestra obligación no hay que advertirnos,
aunque su devoción la lleve á espacio.

Interior del templo.

Entra BLANCA y todos tras ella.

BLANCA. Ya estoy de Dios en el real palacio,
sus privilegios tienen de valerme
contra quien sin razón quiere ofenderme.

JUAN. Hacia las rejas de este santuario,
al simulacro ilustre del Sagrario,
que de su original mereció el día,
que hizo á Ildefonso tanto honor María,
los soberanos, brazos poco á poco
se llega Blanca.

BLANCA. Todo el Cielo invoco
en mi favor.

JUAN. Alguna cosa piensa,
Blanca, en esta ocasión en su defensa,
y el templo, que de gentes está lleno,
se alborota, mi piedad condeno.

BLANCA. Dueñas de Toledo,
cuya noble sangre
ilustra en Castilla
tan altos linajes,
pues como mujeres
el ser semejantes
que me ha dado el cielo
para tantos males,
obligaros puedo,
tiernas ayudadme
á favorecerme
de tantas crueldades.
Blanca, vuestra reina,
testigos os hace
de las que don Pedro
intenta en mi ultraje.
Inocentemente
en prisión me traen
del alcázar vuestro
á los homenajes,
desde Tordesillas,
donde el Cielo sabe
lo que mi inocencia

lloró de pesares,
con intentos solos
de querer matarme,
si culpan desdichas
culpas hay bastantes.
Intenta mi muerte
porque adora un áspid,
de cuyo veneno
este efecto nace.
Que es hermosa dicen,
yerro es disculpable;
mas no que en mi muerte
sus finezas paren.
De Francia á Castilla
vine á desposarme
con un rey, y halléle
hielo de los Alpes,
fiera de los montes:
¡posible es que cabe
un alma tan fiera
en tan lindo talle!
Que aunque más intenta
tantas muertes darme,
sabe Dios que adoro
sus hermosas partes.
Fué mi boda entierro,
mis galas azares,
mis aras desdichas,
mis fiestas desastres.
Y ahora, que pretende
mi muerte, ayudadme,
socorredme, dueñas,
que el Cielo os ampare.
Valedme, señoras,
haced que se armen
en defensa mía
vuestros viejos padres,
que entretanto yo,
con valor notable,
asida á estas rejas
que tiene delante
por guarda y por muro
esta santa imágen,
iglesia pidiendo
procuro obligarles.
Vuestra casa, Reina
de las celestiales
esferas, adonde
sois esposa y madre
de Dios, á una reina
inocente ampare,
pues á un delincuente
iglesia le vale.
(Dentro ruido.)

TODOS. Libertad á Blanca, reina
de Castilla.

JUAN. El pueblo sale,
con la nobleza, en defensa
de Blanca, por todas partes;
y hasta las mujeres toman
las armas también: no en balde
previne avisar al Rey
á la Puebla tres días antes.

DENTRO. ¡Viva Blanca! ¡Blanca viva!

GUARDIA. ¿Qué haremos?

JUAN. Morir si hacen
ofensa al Rey, en defensa
de Blanca, que en semejantes
ocasiones, es el Rey
el primero, aunque piedades
de ver á su Reina presa
le muevan á intentos tales:
parece que suenan cajas;
cajas son: rumor tan grande,
sin duda es el Rey, que intenta
á la furia anticiparse,
que sospechoso Toledo
por mi aviso....
(Suenan cajas.)

Entra el MAESTRE, con bastón, DIANA y SUER GUTIÉRREZ.

FADRIQUE. Nadie pase
de este sagrado edificio
los venerados umbrales.
Yo tomo á mi cargo, nobles
de Toledo, los leales
intentos conque servís
á vuestra Reina, esto baste.

JUAN. El maestre don Fadrique
es el que al són de los parches
el templo sagrado pisa
con el temido estandarte
de nuestro español Patrón.

FADRIQUE. Llegad, católicos Martes,
á besar á vuestra Reina
la mano.

BLANCA. Maestre, dadme
los brazos.

FADRIQUE. Los pies, señora,
todos os besamos.

BLANCA. Guarde
el cielo vuestro valor,
para que con él se ampare
vuestra hermana y vuestra reina.

DIANA. Á verter por tí la sangre,
que la casa de Valois
me dió, viene en este traje
madama Diana.

BLANCA. ¡Oh Palas
francesa! ¡Oh cristiana Evadnes!
Á tu diligencia debo
todo este bien.

RODRIGO. ¿Y no es nadie
Rodriguillo en esta empresa?
Pues por Dios, que no me pague
vuestra Majestad con todo
lo que tiene, lo que valen
Francia y España, el cuidado
de saber aventurarme
en su servicio.

FADRIQUE. Hinestrosa,
yo vengo haciendo las partes
del Rey, á Toledo así,
por sosegar, si causase
estándolo esta prisión,
á sus ciudadanos dadles
satisfacción, con que yo
de su Majestad me encargue:
que conmigo, de Toledo
los alcázares reales,
quiero que éntre como reina
de Castilla.

JUAN. Daré parte
á su Majestad, Maestre,
de todas las novedades
que han pasado. *(Vase.)*

RODRIGO. Mas que dé
también traslado á las partes;
¡qué necio procurador!

FADRIQUE. No merece ser alcaide
de una reina de Castilla
menos que quien es infante;
deme vuestra Majestad
su mano, y servirse trate
de mí como su escudero,
pues sabe que esto es honrarme
como su esclavo: ¿qué hay,
Suer Gutiérrez de Navales?

SUER. El Rey se apea á la puerta
del Perdón, con los secuaces
de los Padillas, y viene
con un escuadrón volante
de Talavera y la Puebla,
que serán seis mil infantes,
prevención á que le obligan
algunas sospechas, que antes
tuvo de tí y de Toledo,
y á doña María trae
consigo, en nombre de reina
de Castilla.

FADRIQUE. ¡Ah ciego amante!

SUER. Dándole Hinestrosa viene
cuenta de todo delante.

BLANCA. ¿Qué haremos, Fadrique?

FADRIQUE. ¿Qué?
Pues no es traición, esperarle.

RODRIGO. De mejor gana esperara
un tramposo.

FADRIQUE. No haga nadie
novedad, todos se miren
por espejo en mi semblante.

Salen el REY, D.ª MARÍA DE PADILLA y MEN RODRÍGUEZ DE SANABRIA.

PEDRO. No he de dejar en Toledo
cabeza ni almena en pie:
Nerón de España seré.

FADRIQUE. Si tus pies reales puedo
besar, á tus pies estoy,
que servirte previniendo
vine á Toledo, entendiendo
atajar los daños hoy
que pudieran resultar
de haber á Blanca traído
presa á su alcázar, movido
á la piedad de mirar
tan grande reina en prisión;
ruégote, que su inocencia
mires con más advertencia,
con más cristiana atención.
Pues ya con la común ley
de este rigor ha escapado
prisionero, que ha llegado
á ver la cara del Rey,
y una reina de Castilla,
guárdete Dios, que bizarro
voy á quitarle al navarro
la Giromena y Jumilla,
fronteras de Cartagena,
para que tu Majestad
se sirva dellas; marchad
á Jumilla y Giromena.
(Vanse Fadrique y sus compañeros.)

PEDRO. (Notable valor encierra
este bastardo atrevido,
que obligado y ofendido
me ha dejado.)

MARÍA. Nunca yerra
valor que templar procura
los intentos encontrados
de un rey y un pueblo.

PEDRO. Cuidados
que alientan tanta locura,
yo los haré castigar,
y se acordará Toledo
del rey don Pedro.

MARÍA. No puedo
dejarte de suplicar,
que moderes el rigor
de no guardarte respeto,
que fué piedad en efeto.

PEDRO. No hay más que un rey y un señor
en Castilla; éste ha de ser
temido y obedecido,
Men Rodríguez.

MEN. Ofendido,
¿quién á un rey no ha de temer?

PEDRO. Llegad, que quiero tratar
con vos este caso á solas.

BLANCA. No se sosiegan las olas
de mi fortuna en el mar.

MARÍA. ¡Qué me pesa de tus males!
De mi piedad, Blanca, fía.

BLANCA. No llega, doña María,
en las personas reales
á atreverse la desdicha
al valor, que cuando vienen
mayor resistencia tienen
en la sangre que en la dicha.
Las que, como vos, nacieron
tan inferiores á mí,
fiando menos de sí,
siempre los males temieron;
que el mal no es mal en quien
se engendra el temor por mal,
porque en el valor real
nada es mal, y nada es bien.
De la grandeza eminente
del mar, este ejemplo fío,
que ni sale ni entra río
que lo mengüe ni lo aumente.

MARÍA. Tanto, Blanca, fiar puedo
de la sangre de Castilla,
que Hinestrosa y Padilla
me dió en Burgos y en Toledo,
que conociendo de tí
lo que puedo merecer,
me sobro para tener
mucha lástima de tí.
Y aunque con la tuya allanas
la que igualarte podía,
más reinas hay en la mía
que en Francia mujeres vanas.
Que si una corona ayer
desvaneció tu persona,
más es que tener corona
el merecerla tener.

BLANCA. Siempre por mujer te tuve,
desde que tu nombre oí,
que te atrevieras á mí,
como con el sol la nube.
Que puesta, doña María,
no porque tu luz excede,

sino como velo, puede
estragar la luz al día.
Este es, nube, tu poder,
que en aspirando á ser más,
del sol informada estás,
que te puedo deshacer.

MARÍA. La mucha melancolía,
Blanca, me tiene sin seso.

BLANCA. ¡Por vida del Rey...!

PEDRO. ¿Qué es eso?

BLANCA. Una villana osadía,
á quien tú has dado ocasión.

MARÍA. Estás presa, no me espanto
que estés despechada tanto.

PEDRO. Ya, Blanca, estos tiempos son
diferentes del pasado;
bien puedes agradecer
salir con vida de haber
á Toledo alborotado,
que tú y Fadrique le estáis
con deuda á doña María
de las vidas este día.
Men Rodríguez, no perdáis
tiempo, en tanto que yo
al alcázar me retiro:
vamos.

BLANCA. Tu crueldad admiro
en mi paciencia.

MEN. No oyó
mayor rigor mi memoria
de los hombres.
(Vanse el Rey y doña María.)

BLANCA. ¡Ah, tirano!
castigue el Cielo esa mano
con algún rayo, y notoria
venganza de tu crueldad,
de su inhumana inclemencia,
que no hay celos con paciencia,
ni con ofensa amistad.

MEN. Es fuerza tenerla ahora.

BLANCA. Men Rodríguez, ¿qué ha ordenado
de nuevo el Rey?

MEN. Al cuidado
de mi obediencia, señora,
remite el llevaros presa
á Sidonia desde aquí.

BLANCA. Desde que este nombre oí
me dejó en el alma impresa
desta desdicha la sombra.

MEN. El Rey manda que salgamos
luégo de Toledo.

BLANCA. Vamos,
que ya ningún mal me asombra,
puesto que no hay quien le iguale
al que padezco en mi estado;
y pues razón ni sagrado
á una reina no le vale,
Men Rodríguez, no digáis
que presa á Sidonia voy,
que pues nuerta al mundo estoy,
al sepulcro me lleváis.

JORNADA TERCERA

Habitación del Maestre en Giromena.

Salen el MAESTRE D. FADRIQUE y RODRIGO.

RODRIGO. Vive Dios, señor maestre
don Fadrique de Castilla,
que no le he entendido menos
en los días de mi vida.
¿Qué quiere de la fortuna,
que estando dándole dichas
por pensamientos, parece
que le pide gollerías?
Después de haberle quitado
al navarro don García
de las uñas á estocadas
á Giromena y Jumilla,
y haber puesto por sus manos
en sus muros las insignias
de la Cruz bermeja, en honra
del Apóstol de Galicia,
y haber después elegido
de las dos la mejor villa,
para vivir, Giromena,
por más abundante y rica,
y anochecer con Diana
en ella al lado, tan linda,
que puede dar con sus soles
á más de un planeta envidia;
sin necesidad, sin celos,
con tantas dulces caricias,
que parece que las almas
os echó Amor en almíbar,
sin ser casado, y estás
triste, no sé qué me diga,
sino que tientas al Cielo.

FADRIQUE. Rodrigo, las alegrías
son para los hombres bajos
ó necios.

RODRIGO. Todo es mentira,
si no es vivir.

FADRIQUE. Yo confieso
que paso muy feliz vida
con Diana en Giromena,
cuyas partes tanto estima
el alma, que no viviera
sin su hermosa compañía.
Pero el estar en desgracia,
Rodrigo, del Rey, me quita
el gusto, me trae violento,
y agua todas estas dichas;
que el Rey es sol, cuyos rayos,
cuyos ojos vivifican
los vasallos, como á plantas
que sin ellos se marchitan;
que los reyes en los hombres
son influencias divinas,
cuyas luces superiores
alientan y dan la vida.
Son como aliento, sin quien
imposible es que le viva;
pues libra Dios en sus manos
la merced y la justicia.

RODRIGO. Otro dijo, que era el rey
como el fuego, y no decía

mal, que de lejos calienta
y de cerca abrasa.
FADRIQUE. Pinta
mal la deidad de los reyes,
que el Cielo tanto acredita,
quien al fuego los compara,
quien se abrasa, quien aspira
de lo lícito pasar
los términos, y visita
regiones más soberanas
que su talento pedía.
RODRIGO. Por vida tuya, que excuses,
si puede ser, la mentira
del Icarillo sin alas,
subiendo al sol derretidas;
fábula que está obligada
á toda desvanecida
empresa, de Ovidio acá,
por la señora porfía.
Y alégrate, que en efecto
tu hermano es el Rey, y estima
tu persona, y vive Dios
que te há menester.
FADRIQUE. Las villas
de Jumilla y Giromena
á sus pies tengo rendidas
por Suer Gutiérrez, que fué
sólo á este efecto á Sevilla.
Ruega á Dios que de allá vuelva
con buenas nuevas.
RODRIGO. No digas
locuras desconfiadas,
necedades entendidas,
porque la desconfianza
de los discretos es hija,
y es necedad, porque el Rey
se ha de holgar con las dos villas,
y no hay estatua de piedra,
que dádivas no la rindan.
FADRIQUE. Estoy cobarde mirando
la tragedia de los Silvas,
Gudieles y Palomeques
de Toledo, que querían
dar ayuda á doña Blanca.
RODRIGO. Notable carnicería
hizo en ellos, castigando
pensamientos, y este día
se debe á tí el sosegar
el pueblo.
FADRIQUE. Rodrigo, mira
quién se entra acá.
RODRIGO. Una gitana,
ni fea, ni mal prendida.
Fadrique, con mi señora
viene hablando.

Salen DIANA y una GITANA.

DIANA. No me digas
mentiras en mi favor.
GITANA. Dame alguna limosnica,
cara de roza, zeñora
de Giromena y Jumilla.
Mucho te quiere el Maeztre.
FADRIQUE. Ya no pueden ser mentiras
si comienzan por mi amor.
DIANA. Verdades agradecidas
de un alma vuestra, señor.
GITANA. Dame la mano, relinda,
te diré tantaz de cozaz.
FADRIQUE. Dásela por vida mia.
DIANA. Toma.
GITANA. Larga vida tienez
zi Dioz te la da.
RODRIGO. Y no es niña
la verdad, pues sólo es Dios
quien da cédulas de vida.
GITANA. Ezte ez el monte de Venus;
querer sabez, y querida
erez, la muerte no máz
con la comun tiranía
acabar podrá un amor,
que ez tan grande.
DIANA. ¿No le miras
la mano al Maestre?
GITANA. Mueztra,
Maeztre: ¡Jezuz qué líneaz
tan extrañaz! Mueztra ezotra:
¡Jezuz! ¡Jezuz!
FADRIQUE. ¿Qué te admiras?
GITANA. Mayor dicha te dé Dioz,
que eztaz rayas significan.
FADRIQUE. ¿De qué suerte?
GITANA. No te fiez
de tu zangre, porque invidiaz
te amenazan por la mano
de un hermano, muerte, mira
no te azegurez de nadie.
FADRIQUE. No hay seguridad sin dicha:
Rodrigo, dale limosna
á esa gitana.
GITANA. La vida
mil añoz te guarde el Zielo,
para gloria de Caztilla.
RODRIGO. Vamos, hermosa gitana;
que gustaré que me digas
también la buena ventura
allá en la caballeriza. *(Vanse.)*
DIANA. Si éstas hablaran verdad,
no poca melancolía
me causara haber oído
á esta gitana.
FADRIQUE. Las vidas
están, Diana, en las manos
del Cielo, que las destina
al mal ó al bien, y en la tierra
no alcanza nadie de arriba
los soberanos decretos,
que miente la astrología
y el vaticinio se engaña.
Suer Gutiérrez?

Sale SUER GUTIÉRREZ.

SUER. Dame albricias.
FADRIQUE. Yo te las mando mil veces.
SUER. Ya Giromena y Jumilla
son del Rey, y el Rey, al fin,
es tu hermano, y lo acredita
con las mercedes que te hace
en tu ausencia, y las caricias
que apercibe á tu persona;
y en este pliego te envía
premisas de esta verdad.
FADRIQUE. Poco es, Navales, Jumilla
y Giromena, que á tanto
favor, los opuestos climas
serán, por mi brazo, alfombra

de sus pies: mil años vivas;
loco estoy del alborozo;
la encomienda de Castilla
mayor, es tuya, Navales.

SUER. ¡Qué albricias tan parecidas
á tí son las que me das!

FADRIQUE. Mundos te diera en albricias,
y me parecieran pocos:
mil veces la letra y firma
del Rey pongo en la cabeza
y en la boca.

DIANA. Bien podrían
darme las finezas celos,
cuando no causen envidia.

FADRIQUE. Poco conoces, Diana,
á lo que la sangre obliga,
y el nombre de rey, que en todos
es secreta maravilla.
La carta quiero leer
con tu licencia.

DIANA. Acreditas
tu voluntad: ruego á Dios
que sea en el Rey la misma.
(Lee.) «Amigo y hermano, estimo
el presente de las villas
de Jumilla y Giromena,
ya por dos veces rendidas,
y espero de vuestros brazos,
con victorias tan altivas,
ver más mundos á mis pies
que tiene el mundo provincias.
Yo doy libertad á Blanca,
para cuyas alegrías
mantener quiero un torneo
públicamente en Sevilla,
donde me honraré, si vuestra
persona en él me apadrina.
Y así con la brevedad
posible, vuestra venida
espero en la córte: el Cielo
os guarde, para que os rindan
los navarros y africanos
muchos triunfos y conquistas.
En el alcázar real
de Sevilla, á trece dias
de Julio.
El Rey vuestro hermano
y vuestro amigo.»

FADRIQUE. Esta misma
noche he de salir, Diana,
de Giromena, que obligan
mucho favores de un rey;
de alas los vientos me sirvan.
Los más lucidos criados
de mi casa, compañía
han de hacerme á esta jornada,
porque he de entrar en Sevilla
vertiendo diamantes y oro.

DIANA. La libertad que publica
de Blanca, obliga, Fadrique,
á que las plantas te sigan
y las piedras; verá España
la más esperada dicha
que ha deseado.

FADRIQUE. Á no ser
mi jornada tan precisa,
Diana, esta vez te viera
por sol conmigo Sevilla.

DIANA. Vuélvate el Cielo, Maestre,
con bien del Andalucía,
y te saque del torneo
con la dicha y con la vida,
que te han menester mis brazos,
que no sé cómo te diga
el corazon la tristeza
que me causa tu partida,
que pienso que no he de verte
más.

FADRIQUE. ¡Qué presunción tan hija
del amor! Yo volveré
á ver las luces divinas
de tus dos soles, Diana,
con más almas, con más vidas,
y á partir del Rey contigo
las mercedes y alegrías
de haberme visto en su gracia.

DIANA. Dete Dios cumplida dicha.

Exterior de la prisión de doña Blanca.

Doña BLANCA asomada á una reja.

BLANCA. ¡Prisión, que á la muerte excedes,
porque á vivir me condenas
en un retrete, que apénas
se divisan las paredes!
Que si estas estrechas redes
alguna vez dan entrada
del sol á su luz dorada,
es porque sospecha el sol,
que sale de su arrebol
á mi estrella desdichada.
No llegué, penas, á ver
de reina la majestad,
cuando de la libertad
antípoda vine á ser:
mi pesar fué mi placer,
mi alegría mi tristeza,
y del bien en la firmeza,
tan forastera nací,
que las desdichas en mí
se han hecho naturaleza.
Cuando esta doña María
de Padilla, entre los brazos
ví del olmo, que á mis brazos
verdes caricias debía;
cuando un rey la llama mía;
cuando con dicha más larga
á entretejella se encarga
la lisonja y ceremonia,
doña Blanca está en Sidonia
llorando su historia amarga.
Para ser de la distancia
del mal al bien maravilla,
de Francia vine á Castilla:
¡nunca viniera de Francia!
Cuando la humana inocencia
en los casos se engañó,
Blanca me llamaba yo;
ya el nombre no me conviene,
pues de la color que tiene
mi desdicha se volvió.
Lágrimas, que me anegáis;
suspiros, que me encendéis,
y cuando salir podéis,
estos campos abrasáis;

pues que los aires voláis
hasta llegar á Sevilla,
no descanséis, y en la orilla,
que el Betis calza de arena,
abrasad una sirena,
que canta á un rey de Castilla.
La soledad de los campos
mis tristezas acompañan,
cuyos ecos lisonjean
alguna vez mis palabras.
De los de Jerez ahora
á los de Sidonia baja,
en socorro de un neblí,
que ha remontado una garza,
un bizarro caballero
sobre un bruto, con más alas
que el ave que solicita,
aunque ninguno le alcanza,
de la carrera el furor,
escupiendo sangre y plata,
por los alacranes mismos
rompió la rienda: ¡qué extraña
desdicha, si de la silla
le precipita á las aguas
de Guadalete, ó con él
da un choque en estas murallas!
Que el desbocado animal
al apetito retrata
sin freno, y en la carrera,
como exhalación la pasa.
Se excede á sí mismo; ¡el Cielo
te libre! que esta desgracia
parece que te sucede
porque te ve doña Blanca.
Rendido á su furia el bruto
se arroja sobre la grama
ahora, y el caballero
del fuste á la tierra salta.
No parece que se ha hecho
daño ninguno.

Sale el REY D. PEDRO.

PEDRO. ¡Qué rara
dicha he tenido! ¡No he visto
fiereza más desbocada!
Á no parecer cobarde
en un bruto la venganza,
estando rendido, manos
á piés le desjarretara.
¡Notablemente he corrido!
Caballero de mi guardia,
ni montero, no parece;
poblado es éste, y bizarra
fortaleza, no imagino
que puse jamás las plantas
en este sitio.

BLANCA. (Si acaso
el deseo no me engaña,
el Rey es éste, que el Cielo
previene á mis esperanzas
alguna dicha: parece
que ha puesto en estas ventanas
los ojos, desconociendo
este edificio, que tantas
desdichas por él me cuesta:
¿hablaré? ¿qué me acobarda?
que le obligue puede ser.)
¡Ah, caballero!

PEDRO. ¿Quién llama?

BLANCA. Una mujer que os adora,
y que os tiene dada el alma
mucho tiempo há: tomad,
y servíos de esa banda,
por si acaso os habéis hecho
algún daño, y perdonadla
la negra color que lleva,
porque es luto de una Blanca.

PEDRO. Estimo el favor, señora,
por vuestro, y más estimara
el conoceros, por dar
á obligaciones tan altas
la justa correspondencia;
que aunque estorban que del alba
de vuestra beldad no goce
la venturosa mañana
esas rejas, que os defienden
por nube, dan señas claras
sus rayos, que vive el sol
en este dorado alcázar.

BLANCA. Bien pudiera mi desdicha
dejarme ser sol de España,
si su luz, crueldad y celos
no tuvieran eclipsadas.

PEDRO. ¿Sol de España? No os entiendo:
que sólo lo es quien iguala
á la majestad del Rey,
aunque á grandeza tan alta
puede exceder la belleza
vuestra.

BLANCA. Si queréis posada
(pues derrotado venís
fuera del pecho del alma),
entrad en la fortaleza,
que aunque no es bastante casa
para la grandeza vuestra,
los dos brazos que os aguardan
podrán ser dichoso centro
de un rey don Pedro de España.

PEDRO. Ya que me habéis conocido
no excuséis, discreta dama,
si se permite, decirme
quién sois.

BLANCA. La misma desgracia:
un sol, que antes que naciese
se puso; una sombra helada
de mí misma; un laberinto
de fortunas intrincadas;
una mañana de Enero,
que no duró una hora clara;
un almendro á quien el cierzo
malogra las esperanzas;
un ciprés á quien un rayo
puso en el tronco las ramas;
una paloma, que tiene
una águila castellana
entre las sangrientas uñas;
una corderilla blanca,
que un coronado león
quiere romper las entrañas;
una roca de diamante,
pues tanto mal no me acaba;
un ejemplo, sin ejemplo
de las tragedias humanas;
un bien soñado, y al fin,
una mujer desdichada
que vino á reinar, y envidia
la más humilde vasalla.

PEDRO. (Con Blanca he dado, sin ver
que esto era Sidonia.) Blanca,
de tus desdichas me pesa;
pero vive confiada,
que miraré, como rey
justiciero, por tu causa.
BLANCA. ¿No dirás como marido?
PEDRO. Cuando dispusiese el Papa
que esté casado contigo,
obedeceré sus santas
disposiciones.
BLANCA. ¿Pues es
delito venir de Francia
á Castilla, en esta fe,
para una prisión tan larga?
PEDRO. Blanca, importa de esta suerte
justificar la arrogancia
de mis hermanos contigo.
BLANCA. ¿Pues yo en qué he sido culpada?
PEDRO. En conspirar contra mí
en tu favor, alentada
por mi madre.
BLANCA. Sabe el Cielo
con la justicia que agravias
mi inocencia.
PEDRO. Él te dará,
Blanca, la dicha que aguardas.
BLANCA. Será con mi muerte.
PEDRO. El Cielo
guarde tu vida.

Salen HINESTROSA y MEN RODRÍGUEZ DE SANABRIA.

JUAN. ¡Qué extraña
ocasión! Aquí está el Rey
hablando con doña Blanca.
MEN. Hagamos la cortesía,
que por reina castellana
le debemos.
PEDRO. ¿Men Rodríguez?
¿Hinestrosa?
MEN. Con la garza
se nos remontó también
vuestra Majestad.
PEDRO. La garza
dejó correr al halcón,
puso plumas en las plantas
del alazán, y sin riendas,
al riesgo de una desgracia
me ví, y la yerba fué arena
de su tendida arrogancia.
MEN. No llegaste á muy mal puerto.
BLANCA. Así llegaran mis ansias.
JUAN. Ya tenéis caballo.
PEDRO. Vamos,
que hasta las mismas murallas
de Sevilla, no he de hacer
alto un punto, que me llama
el imán hermoso mío,
y aguardo para mañana
al maestre don Fadrique.
BLANCA. ¿Así volvéis las espaldas,
mi bien, mi esposo, mi dueño?
PEDRO. No nos enternezcas, Blanca:
quédate adios.
BLANCA. ¿No es razón
que haberte visto me valga
para quedar libre? Espera.
Men Rodríguez de Sanabria,
Hinestrosa, amigos, todos
interceded por mi causa;
amigos, hijos, yo soy
vuestra reina doña Blanca;
pedid al Rey libertad
de una reina desdichada.
JUAN. ¡Tierna ocasión!
PEDRO. Vamos. ¡Hola!
BLANCA. Plegue á Dios que antes que partas
de mis ojos, y que llegues
á los brazos de la ingrata
esfinge de mis desdichas,
que con mucha vida vayas,
que aunque mi muerte me trazas,
eres mi dueño y te he entregado el alma.
(Vánse.)

Puerta de la ciudad de Sevilla llamada la Macarena.

Salen D. FADRIQUE de camino y otros criados, y SUER GUTIÉRREZ y RODRIGO.

RODRIGO. Andar, andar, y después
de muchas ansias pasadas,
hallar las puertas cerradas
de Sevilla.
FADRIQUE. ¿Ésta cuál es?
RODRIGO. Pienso que es la Macarena,
si no me mienten mis ojos
ó los nocturnos antojos.
SUER. Desde que de Giromena
saliste, no hemos tenido
ningún día sin azar.
FADRIQUE. No me ha llegado á obligar
nada como haber perdido
á Guzmanico en el vado,
que por deudo le crié
desde que nació.
RODRIGO. No fué
menos el puño dorado
de la espada que te dió
el rey don Pedro tu hermano.
Pero un zurdo y un enano,
que después encontré yo,
de la barca de Tocina
al bodegón de las Cañas,
señales son más extrañas.
FADRIQUE. Nadie, Rodrigo, camina
gran jornada, sin sucesos
semejantes.
RODRIGO. El temor
no se atrevió á tu valor
jamás.
FADRIQUE. Siniestros excesos
de la fortuna podrán
raras veces persuadirme,
aun con la muerte á rendirme.
SUER. Todas las puertas están
de Sevilla de esta suerte,
porque importa á su Aduana.
RODRIGO. Y mi parecer te advierte
esto mismo, que te vuelvas
sin entrar; que hemos traído
muchos agüeros, y han sido
para que no te resuelvas
á ver al Rey, ni esperar
que la puerta Macarena

te abran sus guardas.
FADRIQUE. ¿Qué pena
me pudiera resultar
mayor que no ver al Rey?
Tuyos parecen, Rodrigo,
los consejos.
RODRIGO. Yo te digo,
que soy criado de ley,
como espada de Toledo,
y temo su condicion.
FADRIQUE. Hijos los agüeros son
de la inocencia y el miedo.
Rodrigo, el Rey es mi hermano,
y há menester mi valor
para su servicio.
RODRIGO. Amor,
que te tengo, y no villano
médio me obliga, Fadrique,
que de medico, lacayo,
son prevenciones por Mayo.
Bien hayan Tello y Enrique,
que son del juego mirones,
desde Galicia y Vizcaya,
y con ver desde la playa
el mar, cuerdas opiniones:
el Rey es menos seguro,
de navegarle te guarda.
FADRIQUE. Nada en el Rey me acobarda,
mas sin verle me aventuro:
si solicitar es ley
en mi amor, del Rey la gracia,
no puedo tener desgracia
mayor que no ver al Rey.
RODRIGO. Y es imposible que sean
tan grandes demostraciones
faltas, que los corazones
reales nunca desean
lo que no muestran.
FADRIQUE. Los reyes,
con los que han de obedecer,
valerse no han menester
de las lisonjeras leyes.
¿Dónde no tiene las vidas,
para quitarlas, seguras
el rey?
RODRIGO. Con valor procuras
dejar, Fadrique, vencidas
tantas siniestras señales.
FADRIQUE. Hasta que nos vuelva el día
en nacer la aurora fría,
pasemos á estos umbrales
lo que de la noche queda.
RODRIGO. Ya la campana del alba
hace á su venida salva;
luz su arrebol me conceda
para besarle las manos
á la Giralda, después
de un sueñecillo.
FADRIQUE. No es
mal sitio el que de estos llanos
verdes campos se corona,
para noche tan serena.
RODRIGO. Es la puerta Macarena
la ilustre, la valentona,
mejor salida que tiene,
ésta, que en grandeza extraña
Cairo es segundo de España.
¡Notable sueño me viene!
FADRIQUE. Duerme, pues, Rodrigo, y todos
lo hagamos, si puede ser,
hasta que empiece á nacer
el sol, que por varios modos
va desterrando del Cielo
las estrellas ya. ¡Ah sentidos!
dejadme; que están rendidos
todos al sueño recelo.
Hasta el carruaje yace
rendido también al dueño,
que como la muerte es sueño,
de cuanto en la tierra nace.
Yo no puedo reposar:
el alborozo de ver
tan presto al Rey, puede ser
que me obligue á desvelar.
Mi intento los Cielos ven:
¡Ah, Sevilla! Ruego á Dios
que vuelva á salir de vos
á Giromena con bien.

(Canta una voz de mujer dentro.)

Cant. Yo me estando en Giromena,
que me la hube ganado,
cartas me vinieron, cartas
del rey don Pedro mi hermano,
que me fuese á los torneos
que en Sevilla se han armado:
yo, Maestre sin ventura,
yo, Maestre desdichado,
tomara ciento de á mula
y cincuenta de á caballo;
los más de ellos deudos míos,
y los otros mis criados.
FADRIQUE. ¡Válgame el Cielo! ¿Qué es esto?
¿Quién mi historia está cantando,
que parece que me cuenta
mis desdichas y mis pasos?
Cant. Y en la puerta Macarena
topé con un ordenado,
ordenado de Evangelio,
que misa no había cantado.
(Va saliendo con media sotanilla y manto una mujer, que ha de hacer al Ordenado.)
FADRIQUE. La puerta se abrió, y por ella
sale un mancebo gallardo
en clerical traje, y viene
hacia mí, si no me engaño.
ORD. Bien venido seais, Maestre,
Maestre, seais bien llegado.
FADRIQUE. Guárdeos el Cielo, mancebo,
que parecéis cortesano
de más dichosas regiones,
de más eternos palacios.
ORD. Maestre, hoy habéis nacido,
hoy cumplís veintiún años.
¡Oh, si os pluguiese volver
á Giromena los pasos!
FADRIQUE. Vengo á ver por padre al Rey,
que en él un retrato aguardo
de don Alonso el Onceno.
ORD. Mirad en vos su retrato,
que de aquel original
sangre sois, que envidian tantos,
y guardadle, no le borre
don Pedro el Rey, vuestro hermano. *(Vase.)*
FADRIQUE. ¿Fuése, ó llevósele el viento?
¡Qué portento tan extraño!
¿Si fué sueño? ¡Sueño fué,
de tanto agüero engendrado!

¡Notable ilusion! Ya el sol
enciende los muros altos
de Sevilla, y busca el Betis
para espejo de sus rayos.
Ya la puerta Macarena
de par en par á estos campos,
para recibirme dentro,
parece que abre los brazos.
Ea, don Tello, don Juan,
don Alfonso, don Fernando,
Suer Gutiérrez de Navales,
Rodrigo....

RODRIGO. ¡Señor! *(Levántase.)*

FADRIQUE. ¿No entramos
en Sevilla?

RODRIGO. Sí señor.
¡Oh, qué sueño me has quitado!
Dios te lo perdone, amén.

FADRIQUE. ¿De qué suerte?

RODRIGO. Estaba hallando
un tesoro, y ¡vive Dios!
que el primer doblón de á cuatro,
que iba á asir en una espuerta,
de más de un millon, y tantos,
con las voces que me diste
se me cayó de la mano.
Determinado tenía
darte la mitad.

FADRIQUE. Partamos
de esa manera, Rodrigo,
también el disgusto entrambos.
Ya es tarde, vamos de aquí
á besar al Rey la mano.

RODRIGO. Dios nos guíe.

FADRIQUE. Á subir, ea, amigos.

RODRIGO. Mulas y caballos. *(Vanse.)*

Interior del alcázar de Sevilla.

Salen el REY D. PEDRO, D. JUAN DE HINESTROSA Y MEN RODRÍGUEZ DE SANABRIA.

PEDRO. Este es órden que te doy:
Men Rodríguez, no salgáis
de él un punto, si aspiráis
á darme gusto.

MEN. Yo voy
á serviros: ¡qué notable
resolución ha tomado!
Mas por vasallo, obligado
nací á obedecer. *(Vase.)*

PEDRO. No hable
ninguno á doña María,
que se precia de piadosa,
en cosa alguna, Hinestrosa,
oid, hoy por todo el dia:
que á cierta resolución,
que quiero tomar, importa
muchas veces mi intención;
y avisarás los porteros
de su cuarto, y que no den
audiencia á nadie

JUAN. Está bien.

PEDRO. Andad.

JUAN. Voy á obedeceros. *(Vase.)*

Sale DOÑA MARÍA.

MARÍA. Señor, ¿tan sólo?

PEDRO. Estoy viendo
papeles, y en esta calma,
también con vos está el alma.

MARÍA. Dios os guarde, que hoy pretendo
saber lo que tengo en vos.

PEDRO. Ahora, doña María,
experiencia os desafía,
rigiendo un alma á los dos:
mandad en mí, pues en mí
es alma vuestra beldad.

MARÍA. Con esa seguridad....

PEDRO. Hablad, disponed, pedid.

MARÍA. Señor, el Maestre acaba
de llegar ahora.

PEDRO. ¿Quién?

MARÍA. Don Fadrique.

PEDRO. ¿Llegó bien?

MARÍA. En esas rejas estaba
de palacio, cuando entró
con el mayor lucimiento,
que afrentó el sol, que vió el viento,
y anticipándome yo
antes que llegue, movida
de lástima....

PEDRO. Qué mandáis?

MARÍA. Porque sé que le llamáis
para quitarle la vida,
y me lo habéis encubierto
hasta hoy, os pido que
pueda yo con vos....

PEDRO. No sé
que esto tenga intento cierto
hasta ahora.

MARÍA. Este favor
me habéis de hacer por postrero.

PEDRO. Daros del Maestre quiero
la cabeza.

MARÍA. ¿Qué, señor?

PEDRO. La vida quise decir,
y en aguinaldo ha de ser.

MARÍA. De Pascua sirva el placer.

PEDRO. (Lo primero he de cumplir.)

MARÍA. Guárdeos el Cielo, Llegad
Maestre.

Sale FADRIQUE.

PEDRO. ¿Fadrique? ¿Hermano?

FADRIQUE. Á besar me dé su mano,
señor, vuestra Majestad.

PEDRO. ¿Cómo venís?

FADRIQUE. Vengo á veros,
¿cómo tengo de venir?

PEDRO. Siempre venís á morir
con valerosos aceros:
que está vuestro corazón
puesto á los arduos desvelos.

FADRIQUE. ¿Qué equívoco es éste, Cielos?

MARÍA. Señor, en esta ocasión,
con favores alentadlo,
porque ser más vuestro muestre.

PEDRO. Vuestra cabeza, Maestre,
mandada está en aguinaldo.

FADRIQUE. Temprano las Pascuas son.

PEDRO. Para lo que he deseado,
me parece que han llegado
tarde.

FADRIQUE. ¡Extraña confusión!

PEDRO. Quiero cortar con mis manos
la cabeza, que desea
brotar la sierpe letea,

de mis traidores hermanos.
FADRIQUE. Ninguno traidor ha sido,
y yo más que todos sé
que servirte deseé,
y sabes que te he servido
con obras y con lealtad,
siendo primera alma en mí;
pero puede más en tí
que la razón la crueldad.
PEDRO. Esta es justicia.
FADRIQUE. No ha sido
sino traición la que veo.
¿Este es el triste torneo
que á apadrinarte he venido?
¿Á estas fiestas me convidas?
¿Á estos favores me llamas?
¿Con tanta crueldad infamas
las glorias nunca vencidas
de don Alfonso el Onceno,
padre de los dos?
PEDRO. No más,
Fadrique.
FADRIQUE. Siendo hombre, estás
de humana piedad ajeno.
¿Señora?
PEDRO. (Doña María,
llorando por otra parte,
de mí quejosa se parte.)
FADRIQUE. De vuestra piedad confía
mi inocencia.
MARÍA. Sabe el Cielo,
Maestre, lo que debéis
á mi pecho, mas ya véis
á la pena, al desconsuelo,
que el rigor del Rey me obliga
de justiniana crueldad:
al valor vuestro apelad,
y el Cielo os libre. *(Vase.)*
FADRIQUE. (Que siga
al Rey mi ruego es mejor,
que aunque está tan inhumano,
es, en efecto, mi hermano,
y al fin rey.) Señor, señor,
vuestra Majestad aguarde,
y templando los enojos,
mire con mejores ojos
mi razón.
PEDRO. Ya llegáis tarde.
FADRIQUE. Pues no ha llegado á mi pecho
tarde el valor, vive Dios,
y si fuera entre los dos
la disposición del hecho,
siendo lícito, por vida
de vos mismo, que en mi brazo
viérais el desembarazo
de la que miráis rendida;
enseñándoos, atrevido,
á ser, la espada en la mano,
menos alevoso hermano,
y rey más agradecido.
PEDRO. Soberbio, bastardo, estás,
sin bastarte á resistir,
y no se puede sufrir
un desesperado más.
Ballesteros de mi guardia,
matad al Maestre.

Salgan los BALLESTEROS que pudieren.

FADRIQUE. Á mí,
estando este acero aquí,
un mundo no me acobarda.
PEDRO. Su muerte voy á esperar.
¿Qué aguardais? Matadle.
BALLEST. Muera.
FADRIQUE. Villanos, de esta manera,
muchas una ha de costar.
(Vanse el Rey y don Fadrique retirando.)

Salen D.ª MARÍA y D. JUAN DE HINESTROSA.

MARÍA. ¡No estoy de lástima en mí!
JUAN. Ha sido extraño rigor.
MARÍA. De las armas el rumor
sangriento, llega hasta aquí.
JUAN. Á los que con el Maestre
en el alcázar entraron,
también los guardias mataron,
sin que humana piedad muestre
del Rey el rigor despierto,
y entre los más principales,
Suer Gutiérrez de Navales
valerosamente ha muerto.
Hasta el valiente lebrel
del Maestre, que merece
fama, aunque bruto parece,
que hablaba en defensa de él.
MARÍA. Las piedras se volverán
á humana piedad.

Entra cayendo y levantando FADRIQUE, lleno de sangre.

FADRIQUE. Villanos,
aunque sin sangre las manos
con valor pienso que están.
Aguardad.
JUAN. Este sangriento
espectáculo parece
el Maestre.
FADRIQUE. No merece
menos (qué fin tan violento)
quien da crédito á un cruel,
quien se fia de un hermano
traidor.

Salen el REY, MEN RODRÍGUEZ y guardias.

PEDRO. ¿Ha muerto?
FADRIQUE. ¡Ah tirano!
Caín de este humilde Abel;
ya muero, ya puede estar
ese apetito, sediento
de sangre humana, contento.
Pero el Cielo ha de tomar
satisfacción del rigor
que usas conmigo, inhumano,
que ha de matarte un hermano
y heredarte.
MARÍA. ¡Qué dolor!
FADRIQUE. La muerte de don Fadrique,
maestre de Santiago,
remite el Cielo, al estrago
que en tí ha de hacer don Enrique.
PEDRO. Retiradle, porque muera
donde nadie tenga de él
lástima.
FADRIQUE. Nerón cruel,
castigo del Cielo espera,
que tu piedad no está ajena
de la justicia. *(Cúbrenle con el tafetán.)*
JUAN. Aquí dió
fin el Maestre, que entró
por la puerta Macarena.

FIN